



En un Cementerio.

I

Recientemente llegado á una ciudad populosa, la primera que veía en mi vida, quise visitar su célebre cementerio, y para hacerlo, escogí uno de aquellos días en que el cielo está turbio y nebuloso, y en que el alma sombría, como las nubes, y combatida por el choque de los huracanes de la vida, busca en el recogimiento y la soledad un pensamiento de paz, el pensamiento grande y consolador de la eternidad.

Triste, pero con aquella tristeza vaga que se sufre sin poderla explicar, sentía en mí mismo la necesidad de emociones más fijas, y no podía encontrarlas ciertamente sino en el asilo de la muerte. Sin embargo, al entrar en el fúnebre recinto, sentí una especie

de enagenamiento que me oprimía el corazón.

Jamás había visto sino los cementerios de los pueblos, en que los despojos mortales de los que han vivido en ellos reposan bajo un humilde montón de verdura que sirve de peana á una rústica cruz de madera; en que el silencio jamás se turba sino por las lágrimas del desgraciado que acompaña á su última morada á un padre, ó á un hijo, ó por la voz lenta y grave del cura. Allí todo es calma y todo invita á la meditación y á la plegaria; allí todo habla de la nada y de las vanidades del mundo. Ningún acento sacrilego hace vibrar el aire de ese santuario de las tumbas, y ninguna mirada curiosa profana sus misterios, porque nadie iría á buscar allí los monumentos del orgullo del hombre. Yo contemplaba, pues, con penosa admiración los diferentes objetos que me presentaba aquel suntuoso cementerio, aquel grandioso palacio de la muerte.

Aturdido con una escena tan llena de movimiento y de contraste, devoraba el conjunto sin detenerme en los pormenores, y cediendo á los prestigios de una imaginación naturalmente viva, me creía transportado á uno de aquellos jardines magníficos de los que mis amigos de colegio me habían hecho tan pomposas descripciones en sus cartas.

Observaba desde luego la uniformidad de las hileras de árboles alternados con bosquesillos de arbustos, que se elevaban en anfiteatro sobre un plano dulcemente inclinado, ó que limitaban una larga calzada; por otro lado veía algunos huecos sombríos en que se mezclaba el follaje del saúz llorón, el brillante tallo de las acacias y la sombría verdura del álamo y del sabino, y finalmente percibía por todas partes las emanaciones balsámicas de la rosa, la lila y el naranjo que aromatizaban deliciosamente el olfato.

Multitud de mausoleos de un estilo elegante y variado, vestidos de flores y coronas como para un día de fiesta, habrían podido completar la ilusión de cualquiera. Además, ningún grito de desesperación llegaba á mis oídos, y en mi egoísmo yo habría querido oír llorar á mi lado; mi tristeza reconcentrada en mi alma, tenía necesidad de un estímulo para exhalar fuera, y yo estaba sofocado bajo su peso. "¡Oh! me decía, pasando la mano sobre mis ardientes pupilas. ¿Dónde deben correr las lágrimas mejor que aquí?" Olvidaba entonces que la aflicción tiene también su vergüenza y pudor, que se oculta á la sombra, se desahoga en silencio, y se ruboriza de presentar sus secretos á las miradas de los indiferentes.

Fatigado bien pronto de vagar sin des-

tino, me puse á leer algunos epitafios grabados sobre las tumbas. Aquí la joven reposaba al lado del anciano; allí el espléndido cenotafio del rico, dominaba la piedra tumular del pobre; bajo este jarrón las cenizas del hombre de ingenio se mezclaban acaso con las del ser privado de inteligencia; tal vez la misma bóveda encerraba los miembros de una sola familia á quien la ambición, los odios y las rivalidades de gloria y de grandeza, habían dividido durante su vida. Más lejos se divisaba el monumento erigido á la memoria del hombre ilustre, cuya poderosa voz había resonado desde lo alto de una tribuna, y cuya elocuencia después de haber combatido tantas pasiones, había venido á apagarse bajo la piedra fría de una tumba, y esa piedra faustosa no cubría, como la del sepulcro del indigente, más de algunos granos de polvo, en que se confunden el rango, la fortuna, la edad, el sexo. En vano la vanidad humana había querido llevar sus pompas hasta aquel asilo funerario; el equilibrio se había restablecido; la muerte lo había nivelado todo. ¡Así, de tantos seres, de los que unos durmieron su último sueño sobre la pluma y la seda de la cama imperial y los otros sobre la paja y el heno en el duro suelo, todos se levantarán á la voz del Eterno y al sonido de la trompeta de la justicia suprema!

¡De cuánto júbilo me inundó este subli-

me recuerdo! El justo que ha sufrido el hambre y el frío sobre la tierra, ¡con qué resplendor debe brillar su alma cuando se escape de su túmulo para recibir la palma de las recompensas celestiales! Estas reflexiones produjeron gradualmente en mí una deliciosa calma. Me sorprendí al ver que sucedían en mi alma á la amargura que me devoraba, las ideas de paz y de benevolencia. Todo lo que antes había chocado á mis ojos, tomó un nuevo aspecto; todo lo que había visto como obra del orgullo, ya no me parecía sino un tributo de respeto y de veneración, rendido á la memoria de un pariente ó de un amigo, y al momento exclamé: "¿Por qué presentar á la muerte bajo imágenes tétricas y lúgubres? ¿No es élla la que nos abre las puertas de la eternidad? ¿No es la vida la única barrera que separa á la criatura del Creador? Yo querría que se representase á la muerte bajo la figura de un querubín, desplegando sus azuladas alas para recibir el alma que va á tomar su vuelo hacia los cielos, y que dice á los mortales: "¡Vuestra peregrinación está terminada, la copa amarga se ha agotado, la muerte se aproxima: Dios os tiende sus brazos: os espera la eternidad!"

—¡Gracias, Señor, gracias! Hágase vuestra voluntad.

Esta exclamación, pronunciada en tal momento y á algunos pasos de mí, me hizo

volver la cabeza, y vi con sorpresa á un joven arrodillado sobre los escalones de un cenotafio con los brazos levantados al cielo; parecia abismado en un éxtasis que lo aislaba completamente de los objetos que lo rodeaban; sus formas graciosas y sus notables rasgos que se perfilaban sobre el verde oscuro de un ciprés y su hermoso cabello que vagaba al capricho de la brisa, le daban cierto aspecto seráfico. Inmóvil como la figura esculpida sobre el mausoleo, lo habría tenido por una estatua de mármol, si sus labios no hubiesen dejado escapar de cuando en cuando algunas palabras, y si su pecho agitado no marcara sus palpitaciones.

Nada indicaba en su rostro la desesperación: una dulce serenidad sombreaba su frente, y su boca sonreía sin esfuerzo. En fin, se levantó, arrancó una rosa blanca del único arbusto que se elevaba en lo interior, de la balaustrada que rodeaba la tumba, la puso en su seno y después de haber aspirado su perfume, dijo con lenta voz:

—¡Adiós, Cecilia, hasta mañana!

Yo buscaba en vano un pretexto para hablarle, cuando le ví dirigirse de pronto á mi lado con los ojos bajos. Un momento después vaciló y habría caído, á no haberle presentado mi brazo para sostenerlo.

—: Estais malo? le dije.

—No es nada, me replicó, sufro á veces estos vahidos. Y una sonrisa asomó á sus pálidos labios.

Yo le hice sentar sobre un banco, y me puse junto á él; después tomando su mano en las mías, le contemplaba en silencio. Nuestros ojos se habían encontrado y nuestras almas se entendían.

—¿Por qué llorais? me dijo, como si hubiese adivinado mi pensamiento; ya veis, que yo no lloro ya.

Involuntariamente retrocedí, dirigiendo una nueva mirada á aquel semblante, que aunque joven, presentaba todos los rasgos de un prolongado dolor.

—¿Por qué sufrís tanto? le repliqué, después de una ligera pausa.

—Acaso mi cuerpo padece; pero yo no lo siento.

—Ya comprendo, le dije, señalándole la tumba que acababa de dejar; hay males delante de los cuales todos los demás enmudecen.

—¡Oh! me replicó, mientras apoyaba con fuerza la mano sobre su corazón, este mal me habría matado; pero debo resignarme á Dios, ó más bien, debo darle gracias, porque me le ha enviado, pues que él sólo es capaz de purificarme de mis faltas, y él solo podrá hacerme digno de una alianza eterna con aquel angel que me aguarda allá.

—¿Era.?

—Era mi mujer. . . . Al menos he podido darle este nombre por un día entero. Su cabeza se inclinó hacia el pecho y una furtiva lágrima se deslizó por su mejilla.

—Perdón, le dije, yo os aflijo con una pregunta indiscreta.

—¡Afligirme cuando me habláis de ella! No, no lo temáis, señor; hablarme de Cecilia es el único gozo que puedo tener en el mundo, y puesto que parece haberos causado algún interés, voy á contaros nuestra historia, que es tan corta como sencilla. Al menos, si más tarde la contingencia os volviese á conducir á este lugar, podreis venir á orar sobre este fúnebre sepulcro, que probablemente encerrará ya dos corazones, á los que si Dios ha separado aquí abajo, sólo ha sido para unirlos más estrechamente en una mejor vida.

II

Nací el mismo día que Cecilia; criados por nuestros parientes como los hijos de una sola madre, nuestras almas se confundieron con un afecto fraternal que se formó hasta cierto punto desde la cuna. Destinados el uno para el otro, todo parecía reunirse para afianzar nuestros lazos, y había entre nosotros tal semejanza, que frecuentemente se nos tenía por gemelos. Lo mismo que yo, Cecilia era blanca, rubia y afetuosa; como ella, yo era melancólico y serio, y mis pensamientos procuraban lanzarse más allá de los límites de este mundo.

Podría decirse que un mismo impulso dirigía nuestros movimientos, que una misma sensación hacía latir nuestros corazones; porque yo no tenía otros gustos que los suyos, y ambos no disfrutábamos sino de los mismos goces y de las propias penas; eran en fin dos existencias que estaban pendientes de un solo hilo.

No nos habíamos separado todavía, cuando se habló de ponerme en un colegio. A este anuncio Cecilia no profirió una sola queja, pero cayó sin movimiento á los pies de su madre. Ignoro lo que pasó por mí, y recuerdo únicamente el grito de terror que dió mi padre al verme. Desde entonces convinieron ambas familias en que ni aun se soñaría en separarnos. Quedé, pues, en la casa paterna y mi educación se confió á un preceptor tan piadoso como ilustrado. Cecilia asistía á todas las lecciones, imitando su dedicación hacíamos progresos rápidos, y en nuestras horas de recreo, la acompañaba á las habitaciones de las familias pobres de la vecindad que llamaban á mi hermana adoptiva su buen angel; frecuentemente íbamos también á la parroquia, en donde tributábamos juntos nuestros debidos homenajes á la Divinidad.

Así llegamos hasta la edad de dieciocho años, sin conocer todavía otras satisfacciones que las de una vida inocente y pueril. Nuestro matrimonio se había fijado á la

época en que cumpliésemos veinte años; pero esta demora no nos disgustaba, porque no creíamos que llegando, pudiese aumentar nuestra felicidad; mas estaba designado que experimentásemos bien pronto la triste verdad de que nada hay estable en esta vida y que:

El llanto asienta sus pesados pies
Sobre las huellas todavía recientes
Del fugitivo, del veloz placer.

Bien pronto, aunque sin causa reciente ó conocida, se excitó en el fondo de nuestros corazones un pensamiento que procurábamos disipar mutuamente, y con frecuencia después de habernos estado mirando algunos minutos en silencio, volvíamos la cabeza para ocultar nuestras lágrimas; la palidez de nuestras frentes y nuestra mutua tristeza nos presagiaba un secreto terrible, el de una próxima separación. Este convencimiento era tanto más doloroso cuanto que cada uno de nosotros ignoraba su propio riesgo y sólo temía el del otro. El mal, bajo el que sucumbía Cecilia, hizo en poco tiempo espantosos progresos, hasta que se vió obligada á mirar el estado de su salud. Una tos seca y tenaz, y una opresión excesiva, indicaban bastante que estaba atacada de una tisis pulmonar.

Un día en que quitaba de su boca su pañuelo lleno de sangre, no pude ya contener

el dolor que me sofocaba. "¿Qué, será preciso dejarte, hermana mía?" le dije apretándole convulsivamente la mano.

Muy conmovida me enseñó con la otra al cielo, y cayendo ambos de rodillas, nuestras frentes se inclinaron á la tierra. Después de una corta y fervorosa plegaria, la ayudé á levantarse; una resignación divina brillaba en sus facciones. "¿Y qué, te mostrarás más débil que yo?" me dijo.

—No, Cecilia, no tendrás que avergonzarte de tu hermano. Dios reclama lo que le pertenece. ¡Que se haga su voluntad suprema!

La mañana siguiente, Cecilia se encontraba más débil. En vano se llamaron en su auxilio á los más célebres médicos; se vió obligada á no levantarse de la cama del dolor. Estaba decretado que sólo la dejase para reposar en el féretro. Durante el curso de sus largos sufrimientos, su dulzura angelical no se desmintió por un instante, y su conformidad inalterable le impidió proferir ni la menor queja, ni la más ligera murmuración. Yo no la abandoné ni de día ni de noche; mi madre misma no tenía valor de obligarme á tomar algún reposo ó á separarme de ella.

Una mañana me hizo seña para que me acercase á su cama y con voz débil exclamó:

—El momento se aproxima..... No

puedo aguardarlo más tiempo; pero aquel que sondea los corazones, ha leído en el tuyo que tu resignación será el premio de tu virtud, y que me imitarás.

—¿Qué quieres decir? la interrumpí.

—Que tú sucumbirás bajo el mismo mal que yo. . . . Debía hacerte esta confianza en premio de tu amor y tu valor.

—Entretanto, agregó enseñándome un anillo que tenía en el dedo, esta prenda es para el otro mundo.

No pude sufrir más, lanzándome en los brazos de mi madre, le dije al oído la revelación que acababa de escuchar; ella se sonrió tristemente y salió apresurada para llamar al venerable eclesiástico que había asistido á Cecilia durante su enfermedad. A su llegada, reunida la familia, pronunció sobre nosotros dos la bendición nupcial. ¡Alianza de duelo á la que la muerte iba á poner su sello! . . . A la noche, Cecilia recibió el Sagrado Viático. Al amanecer se puso peor. . . . A las siete. . . . su corazón y su pulso dejaron de latir.

Seis meses hace tuvo lugar esta terrible escena. Desde entonces yo vengo aquí todos los días. . . . A este lugar donde todo me habla de Cecilia, donde todo me aproxima á la Divinidad. Sentado con frecuencia á la sombra del ciprés y de los saúces, cuando el viento suave agita su follaje, me parece escuchar suspiros armoniosos, que

derraman en mi alma toda la poesía del cielo, y oír una voz que me dice: "¡Valor, esposo mío! ¿Qué son los sufrimientos de un día al lado de una felicidad sin límites?" Entonces yo repito: "¡Gracias, Señor, gracias: todo lo que vos haceis está bien hecho!"

Un violento acceso de tos interrumpió al joven, y su cabeza se inclinó á su espalda como un hermoso lirio arrancado violentamente de su tallo. Pasé la mano sobre su frente: estaba helada, sus miembros adquirirían una tensión extraordinaria. Asustado de su situación, lo tomé en mis brazos y lo llevé como pude al coche que estaba en la puerta del campo del reposo, de donde lo conduje á su habitación.

Dos semanas después acompañaba el entierro de su cadáver, que fué depositado al lado del de Cecilia.

¡La eternidad los ha reunido!

I G.

México, 1842.

